

REFLEJOS

Rold Gesk jamás fue “gente normal”; y no usaré un término distinto ni un tiempo presente para referirme a él, pese a que aún puedan oírse suspiros tras los barrotes de la celda 48, donde el hombre reflexiona segundos antes a su ejecución.

Un pasado cruel – el acostumbrado de este tipo de personas-, un presente indiferente casi fundido con el futuro, y éste último, cabeceando sobre una incómoda silla que esperaba a su último dueño. El precio de su cabeza – realizado tras su último crimen –, había pasado a ser tinta sobre papel mojado, el día que él mismo se entregó a la justicia, ante la perplejidad de los ciudadanos, y sin más comentario que uno que parecía rezar incluso en estos, sus últimos días: *“Todo forma parte de un plan divino”*.

En el jardín de su casa y a diferencia de Otoños pasados, su abeto había dejado de velar por el acostumbrado rebaño de frutos que por estas fechas, renegaban de las ramas para pudrirse bajo su sombra. En absoluto eran los retoños de aquel abeto lo que allí se pudría; eran otros retoños. Un inconmensurable número de fosas comunes, llenas de bolsas de carne picada y en estado de putrefacción, *fruto* de los inefables actos de un hombre, que orgullosamente los había confesado el día de su juicio, provocando al jurado horribles pesadillas.

Rold Gesk abría el cajón de las aspirinas cada mañana, después de otra noche más de lucha y sudor bajo las sábanas. Su pesadilla era siempre la misma, y sin embargo no lograba retener más que moribundos resquicios de ella.

Sucedió que en los últimos días, Gesk vio en su espejo más de lo que normalmente le mostraba; al principio lo guardó en riguroso secreto, pero pasados los días, su entereza decayó en nerviosismo. Le veía sentarse en su taburete habitual, pedirme un *Barceló Imperial* y ahogar su mirada en la copa. Podía pasarse la tarde entera agitando el cristal – agitando su mente quizás –, murmurando cosas.

A veces creí que de mis labios iba a salir la *pregunta* que diese muerte a la curiosidad, pero nunca ocurrió tal cosa. Un día, sin precedente alguno, me contó sus sueños.

Yo proseguía en mi trabajo, limpiando copas, abrigando la barra, sirviendo, y sin embargo él seguía relatando, con un brillo que nunca había visto en sus ojos. Contó cuanto quiso, pagó la cuenta y se marchó.

Ésta era su pesadilla, y una historia para alimentar el aburrimiento de los pocos asiduos a mi bar, que comienzan a asquear el repetitivo *Yesterday* de la máquina de discos.

Gesk se encontraba en mitad de una burbuja inmensa, y fuera a donde fuera, no se movía, esa era su impresión; a un lado u otro que mirase, siempre veía el mismo paisaje – inconcebible a juzgar por las constantes correcciones que hizo mientras lo describía –, y a un hombre a lo lejos, de enorme pajarita moteada y chaquetón azul, que movía los labios con un libro en sus manos, como narrando un cuento al centenar de cadáveres que lo miraban sin expresión, sentados en ángulos que eran imposibles en la anatomía humana, desfigurados, cauterizados como víctimas de alguna quema de brujas. Esto es en resumen, todo cuanto me contó.

Al principio pensé que Gesk pasaba por alguna clase de etapa depresiva, que por eso se veía en la obligación de llamar la atención a sus pocos “amigos de copas”, supongo que por eso seguí su juego, hasta que me llegó a mis oídos la sobrecogedora noticia.

Fue después cuando recordé los crípticos y aborrecibles comentarios que Gesk hacía sobre su espejo, de cosas que veía en él, recuerdos que le susurraba al despertar, visiones horribles.

- *“Uno se asoma a su espejo y ve lo que es, y sabe que él es el resultado de lo que tiene y del como lo usa. Uno no puede dar más de lo que tiene, y eso es norma lógica.* – Gesk cogió su boina raída y se levantó, pero antes de marchar dijo algo que de alguna forma me inquietó, algo en relación a su último comentario: *“¿Sabes, Rupert? estos días me siento solidario”*.

Y ahora me siento culpable, si no hubiese mostrado tanta indiferencia a sus problemas...

Él fue pintor de sus pesadillas durante una angustiada semana; varios niños desaparecieron, sin ninguna relación entre ellos o con él. Algunos padres se arrepintieron de no hacer caso a los amigos de sus hijos, cuando estos hablaban emocionados de un tipo andrajoso con un vistoso lazo en el cuello que les enseñaba juegos nuevos.

Muchos piensan que matar es difícil, incluso Gesk debió pensarlo en un principio, pero tras su primer descuartizamiento supo que tenía abiertas las puertas de su imaginación; atravesó el espejo de su cuarto, como Alicia en el cuento de Carroll; analizó sus despertares en la fría superficie de cristal pulido, entrelazando las piezas de un puzzle, que se le reveló finalmente tras varios días sin tomar las pastillas. Se convirtió en el Mal de sus pesadillas, en la campana que tañía los latidos de su torturado corazón por las noches. Un cuchillo simple de cocina fue el juguete que eligió para *sus niños*, los 27 que habían sentido la agonía de sus delirios, seguramente bajo la misma mirada excitada y la sonrisa demencial que lucía ahora camino de su propia muerte.

Los agentes ajustaron el casco de acero a la cabeza de Gesk, que presentaba un aspecto circense, con el mono naranja y su inseparable pajarita. Ningún padre sin embargo sonreía tras el cristal, ni siquiera de satisfacción.

El padre Enlivo se acercó con la Biblia abierta en varios capítulos.

Apenas había comenzando a rezar por el inculcado cuando éste le interrumpió.

- Dígame, padre, si ahora muriera, ¿A dónde cree que iría, al cielo o al infierno?

- Al cielo, por supuesto.

- ¿Y no cree que codiciar el cielo le haría perderlo?

- No, porque mi confianza está en Dios. – Puntualizó con ánimo de zanjar aquel ridículo examen.

- Y dígame... padre – Sin poder evitarlo, Enlivo retrocedió un par de pasos y fue incapaz de soportar la mirada de Gesk. – Si Dios se le revelara, y le exigiese una sola razón por la que Él tuviera que concederle el cielo... ¿Qué respondería?

- Que el Señor perdone tus pecados, hijo mío. – Cerró la Biblia y dejó que la Justicia del Hombre obrase con él.

Gesk pidió su último deseo.

- Un espejo, por favor. ¿Pueden traerme uno?

Los dos agentes miraron al Alcaide, quien asintió con gesto arrogante a la petición de Gesk.

Enseguida trajeron el espejo y lo colocaron ante la silla, siguiendo sus instrucciones. Cuando la afeitada calavera de Rold Gesk se grabó en el cristal, sonrió. No fue sin embargo lo más curioso que sonriera momentos antes de su muerte, fue la siniestra naturaleza de su expresión y la posterior carcajada lo que hizo que los presentes se estremecieran asqueados.

No, no era la clásica risa de desesperación que acompañaban con sollozos los condenados, Gesk había sucumbido a la locura sin duda ¿Qué sino podía ser, quién podía imaginar que horrores pasaban por su mente, y quién querría imaginarlo?

A quién le importa – Pensó Gesk – *No sabrían ni sabiendo*. Y friéndose en un doloroso canto de zumbidos eléctricos, esgrimió su última carcajada. La cabeza del asesino se desplomó, y estoy seguro de que si él mismo se pudiese ver en ese momento, seguiría sonriendo.

Él ya había visto aquello, lo veía día tras día, en su espejo, y en el espejo que ahora reflejaba el deseo cumplido de tanta gente. Recordé entonces a Gesk hablándome por última vez.

El espejo le había mostrado su verdadera esencia – *uno es lo que tiene y el resultado de como lo usa* –, a uno no le puede preocupar la muerte, cuando ya sabe que está muerto, y Gesk lo sabía, su espejo le había torturado una y otra vez con su imagen friéndose en la silla.

Uno no puede dar más de lo que tiene, y eso es norma lógica. Una chispa pasó entonces por mi mente, tan punzante que pensé que se había escapado de la condenada silla.

Comprendí lo que aquel loco había hecho. Nada más lejos de la lógica, había dado lo que tenía, había sido *solidario*, había dado muerte.